843
M.
PQ2367
.M94
N68

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La novela de todas las mujeres

I

El «boudoir»

El tocador de la condesa Cesarina de Rouvres, era á la vez el más original y el más encantador *boudoir* que podía verse en el *faubourg* Saint-Germain, desde la calle de Varennes á la de Vaugirard.

Situado en la parte más solitaria de la casa, relegado á unas habitaciones cuyos huecos caían sobre inmensos jardines que habían escapado hasta entonces á la fiebre especuladora que los arrasaba todos, construyendo altos edificios allí donde se veían antes magníficos árboles, constituía un rincón discreto y silencioso, dispuesto con graciosa y suprema coquetería por uno de los artistas más renombrados de la época, que había dado rienda suelta á la vivacidad y capricho de su fantasía. Estrecho como lugar en donde nunca deben estar más que dos,

salvo la presencia inesperada de un tercero; aquel *boudoir* recibía luz únicamente por un solo balcón, cuyos cristales pulimentados no dejaban pasar más que una claridad blanca y mate que harmonizaba perfectamente con la coloración gris perla y el mobiliario de madera de limonero, guarnecido de damasco azul pálido.

La chimenea, en la que no se encendía fuego, era de mármol blanco sin pulimentar é imitaba dentro sus proporciones al pórtico reducido de un templo ateniense.

Contra lo que podría suponerse, aquella chimenea no daba carácter de capilla ni de museo á la habitación, por la cual veíanse diseminadas con artístico desorden, mil curiosidades y naderías reunidas por un capricho de la moda y olvidadas al siguiente día por otro. No se veían allí ni esmaltes, ni vasos de Sajonia, ni de Sevres, ni cristales de Bohemia ó de Venecia, ni copas etruscas ó de raras y extravagantes figuras recortando su roja silueta sobre un fondo negro. El aficionado á objetos chinos habría vanamente buseado allí esos grandes jarros de piedra azul ó de loza barnizada, llenos de mandarines de oro, pescando peces de plata, en un mar de cobalto. No se veían allí tampoco fetiches índicos ni frutas petrificados, ni pájaros disecados, ni bronces, ni *biscuits*, ni cestos de escamas, ni billetes de teatros, ni de concierto, ni billetes de lotería, ni siquiera billetes amorosos.

La chimenea estaba simplemente adornada con un reloj de mármol blanco, cuyo modelo original había sido pedido al cincel griego de un escultor moderno, así como las dos figuras que completaban el adorno y que se reflejaban en una gran luna biselada encuadrada por sencillas molduras de ébano con pequeños relieves de plata. El techo de la habitación afectaba la forma de una cúpula plafonada cuyo friso de roble tallado, figuraba una guirnalda de flores de artístico dibujo, á derecha é izquierda de la puerta cortinajes de terciopelo blanco recamado de plata, y en jardineras semejantes á cuernos de la abundancia, enormes ramilletes de camelias, flores pálidas é inodoras que por su blancura natural y tal vez también por su vecindad con los mármoles, se podían creer petrificadas.

A los lados de la chimenea veíanse colocados en marcos parecidos al adorno del espejo, magníficos grabados de Ary Scheffer, *Deux mignons*, único pintor que ha sabido traducir con escrupulosa fidelidad el melancólico consorcio de la esperanza y el pesar.

La alfombra, una de esas maravillosas producciones de la industria índica, que había sido adquirida en un bazar de Ispahan, y en la que se hundían los pies al caminar, ahogando el ruido de los pasos, era de un espeso tejido de lana blanca sembrada de flores azules, pudiéndose decir al contemplarla

que parecía la lucha de la primavera contra el invierno, un jardín de violetas bajo la nieve.

Al entrar en aquella habitación, de la que se desprendía un vago perfume de gineceo, se experimentaba una sensación de frío seguida de un deslumbramiento semejante al que se sufre pasando rápidamente de un lugar obscuro á otro lleno de luz. Pero á pesar de la claridad del día, todos los objetos quedaban de tal suerte confundidos en el matíz general, que era preciso esperar algún tiempo antes de poder cerciorarse si se estaba dentro de una habitación humana ó en medio de una nube fantástica que aprisionaba un rayo de luna.

Unicamente una mujer rubia como una cascada de oro, podía atreverse á vivir en semejante lugar, soberbio, de pristina blancura. Pero nuestra heroína es morena, y la blancura inmaculada de aquel *boudoir* estaba dispuesta sin duda por la ciencia del contraste y debía servir para hacer resaltar una figura de la escuela veneciana.

Y puesto que conocemos ya la concha, veamos la perla.

Precisamente ved aquí nuestra heroína, entra en la habitación con la majestuosa parsimonia de una diosa que se pasea sobre las nubes, completamente vestida de blanco, sus ropas amplias, ciñen su cuerpo con grandes pliegues de elegante estilo que recuerdan, por su corte, las formas de las túnicas que usaban las damas romanas antes de la invasión de las modas áticas. Una redecilla de cintas blancas aprisiona su opulenta cabellera, cuyo ébano parece todavía húmedo por un perfume lustral.

Viéndola aparecer así, un poeta pudiera creerse transportado en plena mitología y tomar á la condesa por una inmortal escapada del olimpo.

En tanto que ella se acerca al espejo para mirarse, será este el momento oportuno para trazar su retrato; pero tal modelo requiere otro pintor. Nosotros solamente diremos que Mme. Cesarina poseía un género de belleza que pudiéramos llamar colectivo, donde se reunían con armónica perfección tres tipos opuestos: la vivacidad meridional, la indolente melancolía germánica y la espiritual gracia francesa. El retrato moral ofrece más ó menos la misma reunión singular y antitética, porque la condesa es á la vez tierna como Julieta, sentimental como Margarita y coqueta como Celimene; es en fin, una mujer.

En cuanto á su *boudoir*, no era únicamente una *mise en escene* dispuesta para poner de relieve su hermosura, puesto que siempre estaba sola; había prohibido la entrada á todo el mundo, aun á su misma camarera, que había recibido al efecto las más severas órdenes. Si durante las horas que Cesarina pasaba cuidadosamente encerrada, venía alguna visita, los criados debían res-

ponder que la señora había salido. Uno de ellos, que un día por olvido obligó á la señora á pasar al salón para recibir á su tío, que insistía en verla, fué despedido inmediatamente.

¿Podía, pues, considerarse aquella habitación como un lugar fuera de lo ordinario?

Así era, en efecto, para la condesa: un lugar sagrado que no podía profanar nadie extraño; era un templo.

Pero ¿á quién estaba dedicado? ¿A una esperanza ó un pesar?

A un pesar, sin duda; porque Mme. Cesarina no entraba jamás sin que una nube de tristeza se extendiese por su rostro y salía más triste aún que entraba, resolviéndose con frecuencia aquella tristeza en lágrimas, que si las paredes no hubiesen estado construidas á prueba de indiscreciones, más de una vez hubieran dejado oir los sollozos apenas comprimidos que se escapaban del pecho de la condesa, alternando, durante horas enteras con confusas interjecciones que salían de sus labios.

¿A quién iba dirigida aquella ofrenda de solitarias lágrimas? ¿Por qué este dolor misteriosamente oculto por un velo blanco!

La condesa Cesarina de Rouvres, era viuda.

Viuda, efectivamente, pero hacía un año que su luto había terminado y, al decir de todos, el difunto no merecía una prolongación de dolor más allá del plazo oficial.

Su enlace con la condesa había sido uno de esos matrimonios llamados impropiamente *mariage de raison,* por una antífrasis más irónica aún, matrimonio de conveniencia.

¿Qué razón ó qué ventajas ofrece la unión de un hombre caduco, enfermo y avejentado, con una joven que no ambicionaba todavía ser una mujer y que prefería los juguetes á las joyas y las correrías por el jardín á los necios cumplimientos sociales? ¿A qué ley se obedece uniendo la aurora á la caida del día, la mueca repugnante á la sonrisa candorosa, la voz que tose á la voz que canta?

A pesar de esto, una mañana fueron á buscar á la señorita Cesarina de Neuil al convento en donde se educaba, é interrumpió una partida de raqueta comenzado para que pusieran en su dedo el anillo nupcial del señor conde Silvano de Rouvres, que al finir el año la dejó viuda.

En verdad que en este caso no era procedente renovar el inconsolable dolor de Artemisa, ese antiguo modelo de fidelidad conyugal; por otra parte, tal fidelidad no se aviene con nuestras costumbres; hoy día, la mujer del rey Mausole hubiera tal vez ordenado la construcción del monumento, pero se hubiera casado con el arquitecto.

La condesa de Rouvres no lloraba, pues, á un muerto.

Después de la pérdida sufrida, Cesarina

obedeció á las sociales conveniencias no fingiendo una pena inmotivada y que á nadie hubiera engañado.

Finido el año, abrió de nuevo su salón y reapareció en el mundo, ó, mejor dicho, hizo su entrada en él, puesto que durante la época de su matrimonio con Mr. de Rouvres, había permanecido en su casa luchando con su mal humor y con el egoismo brutal de aquel viejo que se sentía morir.

Presentada á la sociedad parisina por su tío Mr. de Neuil, la condesa de Rouvres fué inmediatamente considerada como una rival por las mujeres de todas las aristocracias, y la lucha empezó cortés en la forma pero hostil en el fondo. Al terminar un año, sea que la condesa se declarase vencida, sea que renunciase al cetro de la elegancia y de la espiritualidad, desapareció de pronto de la sociedad, y por más que se intentó fué imposible descubrir su retiro.

Esta huida causó una gran sensación; tuvo lugar durante el verano. estación muerta para el escándalo, y habían pasado algunos días sin que los ociosos pudieran distraerse con algo nuevo; la fuga de la condesa llegaba oportunamente, era un nuevo tema que desarrollar y realmente no faltaron oradores.

Los periódicos de París hablaron del suceso; mil suposiciones fueron emitidas, discutidas, rechazadas y vueltas á adoptar con iguales energías; imaginóse todo lo imaginable, aun lo más imposible. Los mejores amigos de la condesa comprometieron su defensa; desde entonces estuvo perdida ante la opinión pública. Oyóse silbar á la calumnia y á la envidia reir, enseñando sus dientes; y no pudiendo adivinar el verdadero motivo de aquella repentina huida, inventáronse las mentiras más enormes y acabóse por decidir que la condesa de Rouvres tenía una intriga que deseaba mantener secreta y misteriosa, lo que pareció extraordinariamente excéntrico á ellos y sobre todo á ellas.

Pero como quiera que esa intriga, si existía, no causaba daño á nadie; como que Mme. A... recibía todos los días su visita acostumbrada; como Mme. B... encontraba dos veces por semana en el bosque á un caballo que se obstinaba en galopar al lado de su coche y Mme. C... no podía entrar en el teatro ó en un salón sin ser incontinenti saludada por un chaleco blanco que la seguía como su sombra, y como que al fin, después de minuciosa revista, todos pudieron convencerse de que la realidad del caso era que tenían una rival menos, los temores causados por la huida de la condesa se calmaron poco á poco, y ocho días después la aventura fué completamente olvidada por el rapto de una baronesa flaca y fea.

En todo el tiempo que duró el ruido de su retirada, Mme. de Rouvres hizo construir aquella blanquísima celda en la que

acabamos de verla entrar y en donde sabemos permanece algunas horas todos los días aislando su dolor y empapando con sus lágrimas una carta con filete negro, firmada con este nombre tan vulgar: *Antonio*.

II

L' imbroglio

—Julia, anúnciame á tu señora.

—La señora ha salido, señor marqués.

—Su piano, que desde aquí oigo, me dice que mientes, querida mía.

—Pero, señor marqués, la señora no recibe á nadie, tiene jaqueca.

—No importa; corre á anunciarme.

—Pero, señor marqués, ¿y las órdenes que he recibido?...

—¡Ah!—exclamó Mr. de Neuil impaciente,—hé aquí una cosa rara. Pues mira, querida, no me anuncies si no quieres, no tengo necesidad de eso para ver á mi sobrina.

Y rechazando á la camarera, fiel observadora de su consigna, Mr. de Neuil atravesó la habitación sin anunciarse de ningún modo y entró súbitamente en el saloncito donde se hallaba entonces Mme. de Rouvres.

Al oir que abrían la puerta se sobresaltó Cesarina y deslizó con presteza en su corpiño un papel que se disponía á leer.

—¡Perfectamente!—se dijo Mr. de Neuil, al que un espejo indiscreto acaba de traicionar el gesto hecho por la joven.

—¡Ah! ¡Sois vos, querido tío!—exclamó la condesa tendiendo su mano con melancólico ademán.

—¿Estás enferma, querida sobrina?

—Tengo mi jaqueca acostumbrada.

—¿Precisamente el martes? ¿Cambiaste acaso los días en que recibes?

—Sois cruel con vuestras bromas, tío; realmente sufro mucho.

—En tal caso, si esto es serio, sobrina mía, te enviaré mi médico, un hombre habilísimo que te curará si estás enferma y lo mismo si no lo estás, lo que es más difícil.

—Un hombre utilísimo, efectivamente. ¿Cómo se llama vuestro médico?

—El doctor Anto...

—¿Antony?—interrumpió vivamente la condesa.

—Antony, si así lo prefieres; yo acostumbro á llamarle Antonio,—contestó Mr. de Neuil observando las rosas que acababan de nacer en las mejillas de su sobrina. Pero, en fin, ¿quieres que le diga que venga?

—Es inútil, querido tío.

—Te equivocas, querida niña; fíjate cómo su nombre pronunciado aquí parece haber mitigado tu jaqueca; ¿qué sería si viniese?

—Tengo mi médico.

—Sea; cuando quieras cambiar, te recomiendo al doctor...

—¿El doctor Antonio?

—No, Antony, puesto que prefieres este nombre.

Mme. Cesarina bajó los ojos.

Sin hacer caso de la actitud de su sobrina Mr. de Neuil arrastró una silla hasta la chimenea y comenzó á revolver el fuego con las tenazas.

—Sobrina mía—dijo—puesto que estás enferma y no puedes salir, te haré compañía; ordenarás que pongan en la mesa dos cubiertos y comeré contigo pasando la velada juntos. ¡Oh! No me lo agradezcas, sé perfectamente cuánto enoja hallarse uno aislado en tu situación. Yo mismo cuando sufro un ataque de reuma me complace extraordinariamente el amigo que se digna darme un rato de distracción, que me hace olvidar el dolor. ¿Por qué no he de hacer por tí lo que á menudo has hecho por mí?

—Os doy mil gracias, tío mío, pero hoy tiene lugar la reunión de Mme. Dalpuis y no quisiera privaros de asistir á ella; no ignoráis que vuestra ausencia la enojaría.

—Mi anciana amiga me perdonará cuando sepa que me he quedado contigo.

—No, no, al contrario, se pondrá furiosa porque no podrá jugar su uhist.

—Su primo me reemplazará.

—No obstante, querido tio...

—Oye, sobrina,—replicó Mr. de Neuil,—seamos francos los dos y basta de diplomacia. Tú quieres que me vaya, yo quiero quedarme; no saldré de aquí como tus criados no me pongan en la puerta. Además, no he venido á tu casa para nada y tú adivinas sin duda el motivo que me trae puesto que quieres evitar mi presencia.

—¡Oh! querido tio·

—Tengo graves cargos que hacerte, sobrina.

—¿Cargos á mí?

—Sin duda, á ti, y te aseguro que los mereces,—respondió Mr. de Neuil. — Me has juzgado como á un tío de comedia y te has portado conmigo como pudiera haberlo hecho mi sobrino en vez de ser mi sobrina, pero te prevengo que no estoy de humor para dejarme baquetear como los gerontes del teatro clásico.

—¡Qué imaginais Dios santo! ¡qué pretendeis decir con esto! — exclamó Cesarina juntando sus manos,—me llenais de confusión.

—Es inútil fingir, sobrina mia, lo sé todo: continuar negando sería agravar tu falta, mientras queuna confesión sincera puede merecer mi indulgencia.

—Pero, perdonadme una vez más,—dijo la condesa,—¿qué debo negar? ¿qué debo confesar? Instruidme, porque si vos lo sabeis todo, por mi parte no sé nada, absolutamente nada.

—¿Quieres por lo visto enojarme seriamente?—replicó Mr. de Neuil;—he venido dispuesto á perdonarte, pero tu culpable

obstinación me obliga á usar de una severidad que mi corazón rechaza pero que mí deber ordena. Así, pues, ¿insistes en negar?

—Querido tio, os juro que consiguireis volverme loca, si continuais esta extraña broma que no acierto á comprender. Por Dios, os ruego que me digais una palabra, una sola, que me dé la clave de este incomprensible enigma.

—Sea,—respondió Mr. de Neuil.— Me pides una palabra, te diré tres: ¿cuándo te casas?

—¡Yo!—exclamó Mme. de Rouvres—¿quién os ha dicho semejante cosa?

—Todo el mundo excepto tú y de esto me quejo.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa, sobrina mía, que has desconocido mis bondades, no diciéndome lo que tienes ya meditado. ¿Qué podías temer al manifestármelo? te ruego me lo digas. ¿Podía yo oponerme á ese matrimonio á todas luces conveniente? ¿Por qué tratar con misterio, un asunto que puede terminar á gusto de todos? ¿Qué significan esos procedimientos novelescos? ¿A qué despertar á los ociosos, siempre en busca de escándalos? ¿No eres libre? ¿Qué obstáculo puede oponerse á que des públicamente la mano de esposa á un hombre que juzgas digno y que lo es, en efecto? El paso que ha dado cerca de mí lo prueba perfectamente.

—Tio mío,—exclamó Mme. de Rouvres

extrañamente conmovida,—si hablais seriamente soy la más desgraciada de las mujeres y si mi hermano estuviese en Francia le hubiera rogado ya, que me vengase de los infames que osan jugar con mi nombre hasto aquí puro y fuera de toda sospecha.

—Por los clavos de Cristo, sobrina mia, no seas terca; te aseguro qne lo sé todo; ¿no te afirmo que he visto á tu futuro marido? ¿no te he dicho su nombre?

—¡Pero qué nombre Dios mío! decidmelo pronto!—exclamó la condesa.

—¿Por qué pedirmelo? Lo sabes mejor que yo.

—Tio, os han mentido, soy el juguete de una odiosa maquinaria de la que no puedo comprender el fin.

—Pues yo he visto, entiéndelo bien sobrina mia, he visto en casa de tu futuro las flores que te destina, he visto las tarjetas de participación, prestas á ser remitidas, por que tu esposo quiere acabar con tanto misterio. !Y vive Dios!—añadió Mr. de Neuil volviéndose hacia un magnífico cuadro representando la *Despedida de Romeo y Julieta*,—niega todavía. Después de haber visto tu retrato en casa de él, he aquí que veo el suyoen la tuya en el lugar que ocupaba el de Mr. de Rouvres... Creo que esto es harto significativo y que puede constituir, casi, la evidencia.

—¡Mentira!.. ¡Mentira!..—siguió diciendo Mme. de Rouvres.

—¡Ah diablo!—exclamó Mr. de Neuil,—esto es muy fuerte y tu persistencia me indica claramente que crees debo permanecer absolutamente extraño á esta nueva alianza. ¡Bien! sea así, no me mezclaré en ello: únicamente que, como á los ojos del mundo no quiero pasar por tan extraño á tus asuntos, si no ásisto á la boda enviaré por lo menos mi carruage á la ceremonia.

—¡Tio mío, por Dios, me volveis loca!

—Sobrina mía, tú no tienes para conmigo ni respeto ni amistad y si no fuera por la consideración que me merece tu futuro marido á quien estimo de veras, te desheredaría.

Después de estas frases, Mr. de Neuil, cogió su sombrero y se marchó.

—Julia—dijo á la camarera que halló al paso—corre á ver tu señora que se ha puesto mala.

III

El quid pro quo

Una hora después de haber dejado á su sobrina, Mr. de Neuil bajaba de su carruaje en la calle de los Mártires, á la puerta de una casa de humilde apariencia.

—¿Está Mr. Antoine en casa?—preguntó Mr. de Neuil al portero.

Y al recibir contestación afirmattiva, subió con rapidez los cinco pisos de una escalera pobre y obscura que conducía á un laberinto de corredores, en los cuales se abrían hasta una docena de puertas.

—¡Qué capricho de vivir aquí, teniendo una de las habitaciones más elegantes de París!—pensó Mr. de Neuil al llamar discretamente en una puerta donde se veía pegada una tarjeta de visita con este nombre:

« Doctor Antoine ».

Pasados breves momentos un joven abrió.

—¡Cómo! ¿Sois vos?—exclamó con sorpresa al ver á Mr. de Neuil.

—Sí, todavía yo,—exclamó éste entrando en una pequeña habitación fría y húmeda, baja de techo y pésimamente alumbrada por la escasa claridad que recibía de una ventana estrecha.

Aquel cuarto, adornado con un mobiliario por demás humilde, hallábase en el desorden más grande: los cajones de los armarios en el suelo y medio vacíos, en medio de numerosos paquetes que parecían hechos con precipitación; al lado de un saco de viaje veíase una enorme maleta cerrada, encima de la cual observábase una tarjeta parecida á la que había en la puerta. De una ojeada, Mr. de Neuil comprendió que no se trataba de una muda, pero sí de un viaje;

un papel abierto que apercibió sobre la chimenea y que reconoció como un pasaporte, le confirmó la idea que acababa de tener

—¿Decididamente partís, Antonio?—preguntó Mr. de Neuil sentándose en una butaca de dudosa elasticidad.

—Parto,—respondió el joven.

—¿Cuando?

—Esta misma noche.

—Los motivos que os obligan á marchar ¿son realmente tan importantes que no os permitan esperar algunos días más?

—¿Para qué esperar?—dijo Antonio.—He esperado demasiado y ya hace dos meses que debía haberme alejado de París. ¡Oh! ¿Por qué habré venido?—añadió golpeándose la frente.

—Hé aquí un muchacho que representa perfectamente la comedia para que yo no le replique,—se dijo Mr. de Neuil.—Todo lo que pudiera suceder sería tristísimo, si yo no me mezclara en ello; porque queriendo jugar con el fuego, hé ahí dos personas que se han quemado. ¡Vive Dios! ¡Parece imposible como la juventud de hoy se afana para ser desgraciada! Prefieren los cuidados que duran á las rosas que pasan; los fulgores de la luna á la claridad del sol; el otoño á la primavera, y siguiendo tan hermoso sistema han metamorfoseado el amor en un ángel enteco y tímido que se quita su venda para llorar y cambia su carcaj de aceradas flechas por un violín: ¡Ah!—continuó Mr. de Neuil

siguiendo el curso de sus reflexiones—no pasaba así en mi tiempo, y Mme. Tallién me hubiese despedido muy pronto si me hubiera atrevido á presentarme en sus cenas con semejante cara,—añadió el viejo epicúreo observando á su amigo Antonio de pie á su lado, con el rostro pálido y fatigado esforzándose en dominar la angustia que le atenaceaba interiormente.—Pero—repitió Mr. de Neuil siguiendo su monólogo y terminándolo—todo esto ha de concluir y les preparo un desenlace á mi gusto que no esperan por cierto; basta ya de novela. ¿Habéis sufrido pues mucho, Antonio?—exclamó en voz alta.

—Y tengo que sufrir más aún.

—Sí; sobre todo si haceis como esos enfermos que rompen sus vendajes para retardar la curación de sus heridas. No apruebo vuestra marcha, yo.

—Antes me la habeis vos mismo aconsejado.

—Hace tiempo sí; pero hoy no.

—Partiré de todas maneras, es preciso.

—Será preciso para vos tal vez—replicó Mr. de Neuil—nadie más que vos mismo os obligais á esa partida.

—Sí, caballero,—contestó Antonio.—Ayer todavía mi descanso... el interés de mi porvenir... la esperanza que tenía de hallar en otros lugares el olvido de mi amor, todo esto me aconsejaba abandonar á París. Hoy es algo más poderoso que todo esto lo que me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

llama á mi país. Ayer no hubiera sido más que imprudente quedándome, hoy sería culpable.

—¿Qué demonio quereis decir?—dijo Mr. de Neuil con aire asombrado.

—Tomad, caballero,—respondió Antonio sacando de su bolsillo una carta que puso entre las manos del anciano;—leed.

—¡Ah! ¡bah!—exclamó Mr. de Neuil,—es muy triste en efecto.—Y añadió mentalmente:—he ahí una elegía que se convierte en drama. ¿Qué significa la presentación de ese nuevo personaje? Desde el punto de vista dramático es bastante feliz la invención, pero ¡qué diablo! ya basta de comedia, es preciso terminar. No; veamos si representará fríamente su papel hasta el fin.

—Antonio—prosiguió Mr. de Neuil en voz alta—después del suceso que os anuncia esta carta, comprendo en efecto que vuestra partida sea indispensable, pero os aconsejo que la retardéis un día no más. Escuchadme y sentaos: he venido para comunicaros una gran noticia.

—¿Cual?

— He hallado á Mme. Cesarina.

—No está por ello menos perdida para mí.

—Efectivamente, Mme. Cesarina está perdida para vos porque no es lo que representaba ser.

—Ya lo sé—dijo Antonio.

—¡Cómo! ¿Sabíais?...

—Sabía que he sido el juguete de una patricia aburrida que quiso distraerse un momento y cuyo capricho ha herido mi corazón, ha destruido mi porvenir y que sin duda estará gozosa cuando sepa que ha hecho dos víctimas en vez de una; porque á estas horas tal vez—añadió tristemente Antonio—una tumba se abre para su inocente rival que tengo olvidada y á la que recuerdo ahora!...

—Vamos—se dijo Mr. de Neuil.—Representa perfectamente su papel y el actor secunda admirablemente al autor... Intentemos la última prueba.

—Pues bien, Antonio,—exclamó en voz alta,—voy á ofreceros el medio de vengaros y de vengar á la que deseais arrancar á la muerte. Como habéis creído, sois la víctima de una comedia inventada y representada por una gran dama que ha querido distraer un momento sus opulentos ocios. Vengáos de ella; haréis un acto de justicia y yo os ayudaré. Escuchadme: la condesa de Rouvres está próxima á contraer matrimonio con un aristócrata, hombre á quien ama; ese matrimonio es un sueño que acaricia hace mucho tiempo y al que dedica sus diarias reflexiones encerrándose en un pequeño cuarto tapizado de blanco, donde no entra nadie. Podéis con un solo golpe romper ese sueño y volver á la condesa dolor por dolor: enseñad á su futuro las cartas que tenéis escritas por ella y el matrimonio queda deshecho y vos vengado, sufriendo

entonces la condesa como vos y acaso más que vos, porque se convertiría en la fábula de todo París.

—Caballero,—respondió noblemente Antonio,—eso sería una infamia y yo soy un hombre honrado. Ahí tenéis el caso que hago de vuestro consejo. Tomad—exclamó el joven cogiendo de una cartera un paquetito,—hé aquí las cartas de las condesa de Rouvres: que acaricie en paz su sueño y lo realice.

Y al decir esto tiró al fuego las cartas, que se reanimó con la llamarada que causaron convirtiéndose en blancas cenizas en breves instantes.

—¡Bonito golpe teatral!—murmuró monsieur de Neuil considerando llegado el caso de arrancarse la careta.

Y dirigiéndose al joven:

—Es hermoso y noble lo que acabáis de hacer—exclamó,—y os juzgo un hombre realmente superior, pero habéis hecho mal en quemar las cartas de la condesa.

—¿Por qué?

—Porque la condesa querrá verlas cuando sea vuestra mujer—dijo riendo Mr. de Neuil.—Yo me encargo de arreglar este matrimonio, y espero que el conde Antony de Sylvers no rehusará el arreglo,—concluyó Mr. de Neuil inclinándose ante Antonio.—Para apresurar una boda—continuó después—que ha de hacer dichosa á mi sobrina, yo mismo la he hecho creer que todo el

mundo lo sabía. ¡Podéis decir que tenéis un gran hombre por tío! Habíais perdido el camino, estábais desorientados y os obligo á los dos á que juntéis vuestras manos.

—¡Ah! Gracias, caballero, gracias,—exclamó Antonio;—el error en que estáis respecto á mi personalidad, me lo explica é ilumina todo... Era al conde á quien ella venía á buscar aquí.

—¡Cómo!—dijo Mr. de Neuil estupefacto. — ¡Me he equivocado! ¿Conque era otro?

IV

El taller

Sin que tengamos necesidad de abandonar la casa donde tuvo lugar la anterior conversación, introduciremos al lector en la habitación de un nuevo personaje, al que se nombró ya en el último capítulo.

Próxima á la del doctor Antonio había otra habitación, ocupada por un joven pintor cuya vida tranquila y retirada causaba admiración y edificaba á la vecindad en su mayor parte compuesta por obreros.

En el momento en que entramos en su taller, podemos observar un desorden parecido al del cuarto del doctor Antonio del que era vecino, el artista.

Aquí como allí un saco de noche y un baúl abierto, vestidos cubiertos de polvo tirados al azar encima de los muebles revelaban un viaje; pero en la habitación del pintor acusaban un regreso y no una partida.

Ausente hacía tres meses, Antonio acababa de llegar á París y su primera visita fué para su vecino.

Así, pues, juntos los encontramos en el taller del pintor, sentados cerca uno del otro y prosiguiendo una conversación por la que el lector comprenderá facilmente lo ocurrido.

—Escuchadme—decía Antony estrechando entre las suyas las manos de Antonio, sumido en un profundo decaimiento,— estoy contento de veros antes de vuestra marcha, porque después de todo lo que me habéis contado y en el estado de agitación en que estáis podriais abrigar algún pensamiento contrario á la sincera amistad que os profeso, poniendo en duda mi lealtad. Esta duda si la habéis tenido os la perdono—dijo Antony—y os la perdono con todo mi corazón, porque en tales momentos os estaba permitida, y sin embargo, Dios sabe si era justa.

—¿Y si después de vuestra justificación durara todavía—murmuró Antonio retirando su mano de las de Antony—me perdonaríais siempre?

—¿Acaso no perdona Dios á los blasfemos desesperados por el dolor? Sí, os perdonaría, porque comprendo que mi justificación expuesta friamente no ha podido convenceros. Mi regreso que coincide extrañamente con la noticia de ese pretendido matrimonio, os autoriza á ser suspicaz. La traición engendra la duda y habéis sido odiosamente engañado; comprendo pues, que me acuséis, cuando menos de haber tenido alguna parte en esa gran desdicha que dará origen tal vez á muchas otras.

—¡Oh!—exclamó Antonio con amargura. —¡Cuando pienso que en otro tiempo bendije al azar que os trajo á mi lado!

—No es el azar quien prepara las amistades, es la Providencia — contestó Antony.— Persisto hoy, en creer que no he faltado á esa amistad, y os lo repito: ante la evidencia misma, si acudiese armado de pruebas en mi auxilio, os perdonaría la duda porque habéis adquirido su triste privilegio; así, pues, no os molestaré con nuevas protestas.

—¡Ah! ¡quisiera creeros! Mi corazón está herido. Poco habituado á las tempestades pasionales, siento á mi alma poseída de insano delirio. Me he esforzado en dominar esa fiebre terrible que me llevaba á la locura. Y ahora... ya veis... tengo sangre fría y calma, perfecta calma, os lo aseguro. Y si me dais buenas razones, las admitiré y si me ofrecéis las pruebas de que si he sido engañado, lo he sido por esa mujer únicamente y no por vos. ¡Ah! os juro que os creeré y no me obstinaré en mis dudas... os ruego, pues, que aprovechéis esta hora y antes que

las sombras llenen mi inteligencia, ilumi-
nadla con la luz de la verdad, y como vos
acabáis de decirme, no rehusaré la eviden-
cia, os creeré. Veamos, Antony, os ruego
todavía, buscad... hallad un medio... defen-
deos... os escucho.

—No tengo nada que añadir á lo que os
he dicho ya—respondió Antony.—Mi causa
es de las que solo palabras tienen para de-
fenderse, mientras que la acusación exige
pruebas.

—Pero—replicó Antonio con vivacidad—
confesad conmigo que en parecidas circuns-
tancias las negaciones no son suficientes;
discutamos aún los hechos; veréis cómo es-
toy en estado de entenderos y aún de com-
prenderos si tenéis lógicas razones para ofre-
cerme. Cuando esa mujer vino á vivir aquí
la ambicionamos los dos. No lo neguéis,
acaso vos mismo la amásteis antes que yo,
pero desde luego no supe nada; fué ella la
que me lo hizo conocer más tarde.

—La he amado, decid mejor—interrum-
pió Antony.—Si, es cierto, he permanecido
al borde de ese abismo; pero puedo afir-
maros que esa mujer no lo ha sabido nunca
y si hubiese tenido la imprudencia de ha-
blarle de amor una sola vez, fuese con los
ojos ó con la palabra, no me lo perdonaría
jamás, sobre todo ahora que sé quién es.

—Ved cómo me engañáis—dijo Antonio.
—Desde luego sabéis quién era y no soy yo
quien os ha dicho su nombre ni el rango

que ocupa en el mundo, porque en ese
mundo donde habéis nacido y en el que
habéis vivido mucho tiempo, habíais cono-
cido á la condesa de Rouvres y no podríais
menos de reconocerla al encontrarla aquí.

—He podido ver en otra época á Mme. de
Rouvres en una reunión de trescientas per-
sonas, entre una mazurca de Kontsky y un
dúo de *Lucia*. Acaso habré podido hablar con
ella durante cinco minutos, murmurar de
una de sus amigas por que tenía un amante
ó por que no tenía ninguno. Habremos podi-
do cambiar juntos, madrigales y coqueterías.
Pero la condesa de Rouvres que conocí en
la embajada de Inglaterra y en el *Campo de
Marte* en días de carreras, no me produjo
una impresión tan viva que me permitiera
reconocerla en la persona de Mlle. Cesarina
que habitaba en una bohardilla componien-
do los vestidos viejos de todo el mundo, co-
miendo pan y cerezas, cuidando claveles,
educando jilgueros y cantando en falsete
como una modistilla de Paul de Koch. De-
bierais comprender, Antonio, que Mlle. Ce-
sarina no ha podido en manera alguna re-
cordarme á Mme. de Rouvres pues muy
poco traté á esta última para reconocerla,
sobre todo habiendo cambiado su corona
de condesa por una gorrita usada. ¿Por qué
y para qué ese extremo? He ahí precisamente
dónde está el misterio.

—¿Para qué ese extremo? Lo sé ahora y
el misterio empieza á ser menos obscuro—

replicó Antonio,—gracias á que me lo ha manifestado la persona que por equivocación me ha tomado por vos. Quiero admitir que no hayáis reconocido desde luego á Mme. de Rouvres en nuestra vecina; pero esta no ha tardado en hacerse reconocer por vos y en verdad que no me destruiréis esa idea; el respeto exagerado con que la tratabais es una prueba suficiente.

—El respeto es una de las formas del amor;—dijo Antony—y ya os he dicho que estuve en un tris de amar á nuestra vecina. Felizmente me he detenido á tiempo por dos razones: la primera porque tenía entonces la fiebre del trabajo y no quería cortarla con una intriga; el amor y el arte son dos pasiones celosas; el uno puede inspirar al otro algunas veces, pero los dos, es imposible que puedan vivir juntos en un mismo corazón: por mi parte he cedido el amor.

—¡Ah!—dijo Antonio con triste ironía,—veo que aún usais de paradojas; no acepto vuestra primera razón, veamos la segunda.

—La segunda razón—replicó Antony—es que me apercibí de que amabais á Cesarina y no quise ser vuestro rival: para evitarlo me marché.

—No os pediré, seguramente, pruebas de esa abnegación de la que tengo hoy la primera noticia, pero debo dudar de ella, como de lo demás. Vamos, Antony, no os pido ahora que os defendáis de haberme engañado, os pido, por el contrario, una confesión

franca y completa y os aseguro que os perdonaré.

—No puedo confesaros más que la verdad y esta os la he dicho ya—contestó Antony.—Sin que vos me hubierais dicho nada conocía vuestro amor por Cesarina y adiviné el suyo por vos; fué entonces cuando decidí alejarme.

—Y—replicó Antonio animándose cada vez más—fué entonces cuando Cesarina se alejó también; porque dos días después de vuestra partida, abandonó esta casa para reunirse con vos, en donde la habiais citado previamente; fué entonces cuando Mr. de Neuil qne hacía expiar á su sobrina, descubrió la intriga que tenía con vos y obtuvo de ella misma la confesión completa; y para acallar los rumores que hubieran podido comprometer la reputación de Mme. de Rouvres, se convino en un matrimonio que legitimaría el amor que había concebido por un joven conocido en otra época en el gran mundo con el nombre del conde Antony de Sylvers. ¿No es esto más verídico, Antony, que vuestra historia?

—No, esa no es mi historia—respondió el artista;—es al contrario una novela que inventáis por capricho para dar razón á vuestras dudas y para fundamentar en cualquier cosa la acusación de falsa amistad con la que me fustigáis tan obstinadamente. Escuchad una vez más y que sea la última; la condesa de Rouvres y Mlle. Cesarina son para mí

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEXICO

dos mujeres asaz diferentes hasta el punto que á pesar de todo lo que me habéis dicho, dudo todavía, si es posible que sea la misma mujer que he visto aquí, la que encontré dos veces en los salones del gran mundo. No, no tengo amor por Mlle. Cesarina; persisto en darle este nombre como persisto en creer que era á vos y no á mí á quien ella prefería. En cuanto á su desaparición que coincidió, como decís, con mi partida, es un hecho que no me explico aún, como tampoco la noticia de ese fabuloso matrimonio del que os ha venido á hablar ese Mr. de Neuil, personaje fantástico que debe seguramente poseer la llave de todo este misterio, infinitamente grotesco sin las consecuencias graves que pueden resultar. Y ahora—prosiguió Antony—creo que ha llegado el momento de satisfaceros apropósito de un hecho sobre el cual me habéis interrogado muchas veces. Cuando me hayais oído, sabréis las causas que me decidieron á dejar la sociedad y que me impiden, por decirlo así, entrar en ella nuevamente aunque lo quesiera. A esta confidencia, de la que acaso salgan algunas pruebas morales, añadiré otra, en la cual, hablando en lenguaje judicial, puesto que se trata aquí de acusación y de defensa, hallaréis un caso de coartada.

—¿Qué queréis decir?—dijo Antonio.

V

Antony

Tengo veinticuatro años y á los veinte años la experiencia me había enseñado todo lo que puede aprender un hombre en el curso de au existencia.

Mi infancia, huérfana de padres, transcurrió en un pueblecillo olvidado de la Bretaña, al cuidado de una mujer extranjera que tenía por oficio vender á los hijos de los demás la vigilancia y los cuidados con que las madres rodean á los recién nacidos. La mujer, que después de todo me quería á su modo, no medía su ternura por el precio que recibía para tenerla, y si bien ese desprendimiento era mas ó menos interesado, representaba una pálida copia del amor maternal con la que debía contentarme, debiéndole todavía la mejor parte de mi vida.

Cuando llegué á la edad de la razón, no siendo indispensable á mi salud la permanencia en el campo, mi tutor me trasladó á París donde vivía; y juzgándome en estado de empezar mi educación, me confió al celo de un profesor.

Este hombre era un anciano dedicado hacía mucho tiempo á la educación de los niños ricos, y quiso la desgracia convertirme en su discípulo. Durante diez años que

vivió á mi lado, no recuerdo haberlo visto sonreir ni un solo día. Alternado con los juegos y con el cariño de la familia llena de solicitud y de ternura, el estudio es para los niños una senda fácil y agradable; para mí el estudio fué una cuesta áspera y ruda, una labor penosa. Mi preceptor era un espíritu metódico y regularizado, no sabiendo presentar la ciencia que enseñaba más que bajo sus aspectos más difíciles y ciñéndose más gustoso á la letra que al espíritu del libro. Fuera del estudio también era el mismo, y ante aquella inmutable rigidez que no se desmentía jamás, ni en sus palabras ni en sus actos, la aturdida petulancia de mi edad cambióse muy pronto en una gravedad que, en los niños, es siempre un vicio ó una desgracia. Para mí fué una desgracia, porque las horas que estaban dedicadas al recreo las pasaba entregado á quiméricas fantasías. Desde mi habitación veíase á corta distancia el patio de un colegio, que dos veces por día llenábase de colegiales, cuyos ruidosos juegos venían á turbar mi soledad y excitaban mi envidia. Un día pude observar aquel patio pomposamente adornado con banderas y guirnaldas, y alrededor de una gradería había sido dispuesta una mesa cubierta de libros y de coronas. Pregunté á mi preceptor qué significaban tales preparativos, y me contestó que obedecerían sin duda á que distribuirían los premios del curso. En efecto: momentos después las

gradas llenáronse de colegiales; detrás de ellos colocáronse los padres y parientes que aparecían más conmovidos que sus hijos, con una ansiedad mezcla de esperanza y de temor. Por fin, los maestros ocuparon su sitio en la tribuna y la distribución comenzó.

A cada nombre pronunciado, oía llegar hasta mí el rumor de los aplausos y veía pasar al joven triunfador, coronada de laureles la cabeza en medio de aquella concurrencia que tenía concentrados en él sus ojos, y á su madre cubrirle su frente de más besos que hojas tenía la santa corona que el trabajo le había conquistado. Esa fiesta solemne, los gozosos gritos de todos aquellos jóvenes laureados, del brazo de sus madres enloquecidas, formaba un espectáculo que no tuve fuerza bastante para contemplar por más tiempo, y corrí á refugiarme en mi dormitorio.

—¡Oh!—grité cayendo de rodillas ante un retrato de mi madre—¡oh! madre mía, si tú vivieras ¡también tendría yo coronas!

—¿Qué es esto?—exclamó mi preceptor entrando—¿á quién rogais? La hora de recreo ha transcurrido ya y es preciso volver á clase.

Y viendo mis lágrimas añadió:

—¡Ah! comprendo; estais envidioso, y ¡por qué insignificante causa por cierto! La mayor parte de esos niños no merecen los premios que acaban de recibir, y sus padres